

MARÍA MAGDALENA

Era una tórrida noche de verano en la que el cuerpo de María estaba enraizado en un poderoso falo, en medio de uno de tantos lechos en los que se había unido carnalmente con un sin fin de hombres. De ese amor quedaba el sudor de los cuerpos, que hacían una mistura que revelaba la animalidad del puro contacto físico. En las antípodas de la vida, la religiosa dormía, sola y vacía, sobre una cama de madera de pino, acompañada únicamente por sus fríos y monótonos sueños. Pocas horas después nacía un nuevo día, con el Sol asomándose de distinta forma para las dos mujeres. La primera de ellas, María, se levantó de su lecho, ya estando sola en su casa, puesto que su amante había marchado antes del amanecer. La segunda, permanecía hacía varias horas en pie pues en el convento de Las Carmelitas Descalzas, como en el resto de conventos, las monjas que lo nutrían estaban despiertas desde bien temprano. La religiosa contemplaba a través de una de las numerosas ventanas del enorme convento, que, con el paso del tiempo, se les había quedado grande, el huerto en donde se encontraba el joven hortelano cultivando los distintos vegetales con su torso desnudo por el calor. Los ojos de la religiosa más que estar atentos a la labor del hombre, se posaban sobre el cuerpo de

éste y con suave deleite dejaban dormitar el tiempo que marcaba el reloj de la gran sala. De repente una voz grave, de mando, se oyó a sus espaldas. Era la madre superiora que le preguntaba en qué estaba entretenida, perdiendo el tiempo, pues los fogones de la cocina la esperaban para acometer la labor diaria de repostería. La mujer se asustó por la brusca interrupción de la madre y experimentó un sentimiento de culpa hasta llegar a ruborizarse y mintiendo, le contestó que estaba admirando cómo habían crecido ya las hortalizas. Al día siguiente dos mujeres se disponían a coger el metro de la gran ciudad. Una, María, para dirigirse, como cada mañana, a su trabajo de profesora de instituto y la otra, la religiosa, para salir con un permiso del convento, dado que tenía una cita médica. Las dos repararon la una en la otra desde un principio; ya bien cuando estaban de pie, en el sucio andén, esperando su línea de metro hasta poco después, cuando se sentaron una próxima a la otra por iniciativa de ambas. María se preguntaba para sus adentros qué clase de vida se podía llevar en un convento y se respondía ella misma que la estancia en un monasterio era vivir en una cárcel, sin ningún tipo de placer: desde los más prosaicos, como el tomar una taza de café, hasta los máspreciados, como el tener relaciones sexuales. A la otra, a la religiosa, se le vino a la cabeza el torso desnudo del jardinero e imaginó una escena de cama entre éste y la

mujer que tenía al lado, pero enseguida se dio cuenta que estaba teniendo un pensamiento impuro y lo cortó cómo pudo. Salieron de la boca del metro las dos mujeres a la vez, ya que curiosamente coincidieron en la misma parada de éste. La religiosa encaminó sus pasos hasta un centro de salud cercano y María hacia su nuevo instituto en el que todavía hacía apenas una semana que impartía clases. Ahora, en la sala de visitas del siquiatra, la religiosa esperaba pacientemente su turno, pues una vez al mes tenía una consulta siquiátrica. Su historial médico databa desde hacía cuarenta años, ya que comenzó cuando todavía era aún una adolescente, con un brote sicótico que la tuvo delirando todo un fin de semana metida en la casa de sus padres. La consulta era un rectángulo no muy grande, cuyas paredes eran de un blanco aséptico como lo era todo lo relacionado con la medicina. Detrás de una gran mesa, que ocupaba casi todo el espacio, se hallaba el siquiatra, un hombre corto de estatura y gordo, con ojos pequeños, que se dejaban entrever tras unas gafas de culo de botella. Hacía varios meses que el médico le había cambiado de medicación, en concreto le había introducido un fármaco procedente de Estados Unidos, que suponía toda una revolución en el campo de la siquiatría, entre otras cosas porque apenas tenía efectos secundarios. La conversación entre los dos: paciente y facultativo,

versó sobre cómo había reaccionado ante el medicamento en cuestión. La religiosa le decía al siquiatra que ya muchas de sus crisis habían desaparecido y que las que le quedaban eran mucho más débiles. El siquiatra, satisfecho por el estado de su paciente, la emplazó para otra consulta. Llegó el día de la nueva consulta y la religiosa se volvió a encontrar en el metro con María. Las dos se volvieron a sentar juntas. En la mitad del trayecto María sacó una chocolatina de su bolso y comenzó a comerla con verdadera fruición. La religiosa no podía apartar la vista de la golosina, hasta tal punto que María se dio cuenta de ello y empezó a sentirse mal pensando que quizás estaba sometiendo a la monja a una gran prueba de dominio, por lo que, con gran rapidez, guardó la chocolatina. Mientras, la religiosa nunca antes había tenido la tentación de llevarse a la boca un dulce, pero desde hacía poco tiempo el estar cocinando repostería le suponía una auténtica tortura, pues se deleitaba primero con el olor de las pastas, luego con su color, su forma y su textura hasta tal punto que había llegado ya a comerse alguna que otra mientras las hacía. La religiosa, ante estos cambios de actitud frente a los placeres de la vida que se iban introduciendo poco a poco en su rutina diaria, se sintió atemorizada hasta tal punto que antes de ir a la consulta del siquiatra, durante el trayecto que la llevaba a la misma, ahora hacía

una parada en una capillita que había en el bajo de una casa antigua del casco histórico de la ciudad. En ese pequeño templo se encontraba La Milagrosa y los devotos de ésta la podían ver a través de unas rejas, sin poder entrar en el pequeño templo. A menudo se encontraba, antes de entrar en el soportal para ir a la rejilla, a algún que otro menesteroso, que pedía una limosna a los devotos aprovechando el momento en el que éstos sacaban la cartera para poner algo de dinero en el cepillo de la pequeña iglesia, que se encontraba al lado de las rejas. El que las dos mujeres coincidiesen en el metro ya no era una novedad porque ello pasaba a menudo. A medida que se iban encontrando cada una pretendía saber más sobre la otra. Así, cierto día de verano, cuando María se dirigía a su instituto, le dio por seguir a la monja llevada por una gran intriga de a ver hacia dónde se dirigía cada vez que se apeaba del metro. María se adentraba en el casco antiguo a medida que la religiosa, con paso ligero, se acercaba a la capillita en donde se encontraba La Milagrosa. Mientras ella rezaba al lado de la verja, María la vigilaba de forma discreta, sin que la monja se enterase. Cuando ésta se marchó del templo, María se acercó por primera vez a esa capilla y con actitud entre tímida y recelosa dirigió su mirada a Nuestra Señora. Fue entonces cuando oyó un saludo de bienvenida con el timbre de voz más maravilloso que había oído a

criatura alguna en su vida. Sí, mírame a mí, soy yo quien te saluda. María, al ver que la iglesia y sus aledaños estaban vacíos, dirigió su mirada asustada a la imagen de la Virgen. ¿Te gusta mi manto? le interrogó la majestuosa voz. Es de color azul como el cielo al que tú irás después de esta vida. María cada vez se sentía más perpleja ¡He estado esperándote cuarenta años! ¡Cuarenta años implorando a mi Hijo para que te acercases a mí! Y hoy por fin has venido. Ya sé que te has quedado de repente sin habla y que te costará asimilar este encuentro, pero sé que volverás a verme no más tardar. La voz cesó de hablar y María se fue a su trabajo commocionada por lo que acababa de experimentar. Una vez que llegó a su casa, María se sentó en su amplio y cómodo sofá acompañada de una buena taza de café. Su mirada se quedó perdida en el vacío y en su pensamiento dominaba una imagen sobre todas las del resto del día, la de la Virgen con su manto azul. María quería dominar esta fijación en su mente haciéndola pasar por un arrebato de locura y no por una realidad probada. Ante esta justificación, la de la locura, la única decisión que podía albergar una mente como la suya era la de no ir más a visitar esa capillita y tratar de no interesarse más por la monja con la que a veces coincidía de la que iba a su trabajo. Justo una semana después se produjo otro encuentro en el mismo metro de siempre con la

religiosa y fue cuando María por primera vez decidió sentarse unos asientos más adelante que ésta. La monja se tomó este comportamiento como un desprecio del que no sabía su porqué. María sacó un libro, concretamente un poemario de Bukowski, y trató de concentrarse en su lectura, pero había una fuerza poderosa que se lo impedía. Sus ojos se iban hacia la contemplación de la figura de la monja, concretamente hacia su hábito y éste le recordaba la tan bella túnica de la Milagrosa, ese azul que se veía en el cielo en los tan preciosos días de verano. Cuando llegaron a la parada, María metió su librito en uno de los bolsillos de su gabardina y se bajó apresuradamente, de tal forma que ella iba unos cuantos metros por delante de la religiosa. Subiendo las escaleras del metro a María se le cayó, sin ella darse cuenta, el poemario de Bukowski y la religiosa, que con paso ligero ya casi la había alcanzado, no dudó en cogerlo y quedárselo para sí, sin tener la más mínima intención de devolvérselo a su dueña. Tanto durante la consulta del médico como en su ida y venida de ésta, lo tenía escondido dentro de una de las amplias mangas del manto marrón. Fue llegar a la gran casa e ir a su celda y depositar lo primero de todo el que ya era su poemario en una estantería llena de libros teológicos, metiéndolo entre dos grandes tomos de Historia de La Iglesia para que no se viese, cómo sí ya percibiese que ese librito

estaba prohibido dentro de los muros de un convento. Llegó la hora de la comida y la religiosa tenía toda su mente puesta en el librito en cuestión. Tanto es así que, sin querer, por culpa de la distracción en la que estaba inmersa, derramó parte de su agua sobre la mesa. La comida pasó y fue a su celda, sin más dilaciones, a lo que se suponía que eran sus horas de estudio. Sacó el librito de su escondrijo y comenzó a leerlo. Una tras otra iban pasando las poesías eróticas de Bukowski por su cabeza y la religiosa no daba crédito a lo que leía. Los poemas, que pudiéramos decir que no eran eróticos sino pura pornografía, obraban tal deleite en la monja que hasta acabaron por humedecer su ropa interior. En el otro lado de la ciudad María había concertado una cita a ciegas con un dispuesto amante. Por lo general, en el programa de citas sexuales, los que lo integraban mandaban su fotografía, pero esté no era el caso, lo que hacía el encuentro mucho más excitante para ella. Habían quedado en un hotel grande que se ubicaba en la periferia de la ciudad. Sus pasillos eran largos, oscuros y enmoquetados, lo que le hacían parecer el escenario de una película de terror. La habitación era la número trece dispuesta en el primer piso. Allí era donde el nuevo amante la estaba esperando. María subió a la primera planta de forma sigilosa mientras un sentimiento de miedo la invadió por un momento. Pensó en el número trece. Sin ser

supersticiosa, no le gustó nada el número que tenía la habitación del encuentro. Se topó con la puerta y sin pensarlo dos veces llamó a la habitación. Nadie contestaba y entonces, cuando vio que la puerta estaba ligeramente abierta, terminó de abrirla con cautela y entró en el oscuro habitáculo. Las persianas estaban cerradas de tal modo que sólo entraba muy poca luz, sólo la suficiente para apenas distinguir las siluetas de las cosas que había dentro. De repente, cuando se encontraba en medio de la estancia, una figura humana se abalanzó sobre ella y la tiró en la cama. Era un hombre alto y corpulento y llevaba un cuchillo con el que amenazó a María. El hombre le puso la navaja en la yugular y le dijo que se quedase quietecita sino quería que la matase, pero María, haciendo gala de su fuerte carácter, se intentó zafar de éste y se revolvió bruscamente. Entonces, el hombre la cosió a puñaladas mientras María gritaba potemente pidiendo auxilio. Al darse cuenta del peligro que corría de ser descubierto, el hombre salió de la habitación rápidamente con el cuchillo en la mano y huyó por el pasillo. Algunos huéspedes del hotel se dieron cuenta de que una mujer estaba en peligro y se dirigieron a la habitación desde donde provenían ahora ya no gritos de auxilio sino de queja. En seguida se llamó a una ambulancia. María vio una luz blanca muy potente al fondo de un túnel en cuyo final estaba La Milagrosa, reinando en la

claridad con su manto azul. Justo en el instante en que María iba a tocar el manto, llegando a él cuando prácticamente estaba fuera de su cuerpo, una fuerza centrípeta la hizo encarnarse otra vez en su figura, acompañada de un inmenso dolor que la hizo despertar del coma que sufría hacía ya dos semanas. Entonces fue cuando vio su habitación de La UCI y cómo estaba rodeada de cientos de aparatos con el fin de devolverla a la vida. Poco después, María ocupaba una habitación del nuevo hospital de la ciudad. A un lado de la cabecera estaba, custodiándola, tiesa como una vela, su rígida madre. Su progenitora decidió que, cuando saliese del hospital, llevaría a su hija a su casa para que allí se restableciese. Su madre era viuda desde hacía muchos años y vivía en una ciudad de provincias, la urbe que había visto nacer a María. Ésta, pese a la mala relación que tenía con su madre, no pudo oponerse a tal decisión dado que todavía no podía valerse por sí misma. Su viaje en avión fue de lo más incómodo porque casi todo el pasaje advirtió los vendajes que tenía por todo su cuerpo. Llegaron en taxi a su hogar desde el aeropuerto y su madre le ofreció su habitación de toda la vida para que se instalase en ella. María no había vuelto a su casa desde hacía muchos años, y desde que era una adolescente y se había marchado a la capital para seguir sus estudios en un internado para poco después acabar yendo a la

universidad, la había frecuentado poco. Su habitación estaba llena de una colección de peluches que había seleccionado a lo largo de su niñez. Que su madre conservase sus muñecos le sorprendió y pensó que, a pesar de su rigidez de carácter, tenía su coroncito. Durante esos días que estuvo con su madre, no dejó de recordar con una fuerte melancolía la figura de su padre. Éste había muerto muy joven en un accidente que había sufrido el enorme barco de mercancías del que él era el capitán. A la memoria de María le venían los grandes paseos que daba con su padre por el puerto de la ciudad cuando éste estaba de descanso. Su padre le hablaba de sus aventuras como marino y María las disfrutaba como nadie. Por aquella época María tenía una gran fe en Dios y a sus diez añitos no se perdía nunca ninguna misa dominical, a la cual iba acompañada sólo por su madre cuando su padre estaba ausente y por los dos cuando éste regresaba de una de sus travesías. Pero fue sufrir la pérdida de su padre y dejar de creer en un Dios, que ahora le parecía despiadado y cruel por llevarse a su progenitor tan pronto. Y era ahora, en el regreso a sus raíces, cuando se daba cuenta el porqué de su comportamiento con los hombres. María se dio cuenta que nunca creyó en Dios sino en su padre. Una vez muerto su progenitor, su fe en Dios desapareció no sólo porque tenía el reproche de que a éste se lo había llevado muy temprano

sino porque todo lo que le había predicado su padre de Dios a lo largo de su vida y el gran número de acciones que refrendaban la verdadera fe de éste se habían quedado muertas al desaparecer él. Así Dios no sobrevivió a su padre, no trascendió a su figura. Fue más tarde cuando María en su relación con los hombres experimentaría siempre la misma pérdida de su padre y fue entonces cuando un día de hacía ya mucho tiempo decidió no involucrarse más en ninguna relación sentimental seria por miedo a experimentar esa gran y dolorosa pérdida. De ahí sus fugaces citas con hombres desconocidos, que no le proporcionaban la felicidad, pero que no le hacían sufrir. Su casa, sus raíces, le hacían también recordar cómo vivió el tiempo posterior a la muerte de su padre. La figura estricta de su madre, completamente opuesta a la ternura y comprensión que adornaban la personalidad del padre, dominó todo el nuevo período. María se convirtió en una adolescente muy rebelde y su madre, para aplacar su rebeldía, la internó en un colegio religioso de la capital. A su mente llegaban algunas anécdotas que a ella le resultaban incluso divertidas y que a su madre, por el contrario, la habían disgustado mucho. En una de ellas María le había dicho a la profesora de religión que su familia se había convertido a la iglesia de los mormones y la profesora, toda preocupada, había llamado a su madre para saber si aquello

era verdad. Otra vez a María la profesora la castigó por charlatana y la mando sentarse en la última fila, pero María, con gran sigilo y aprovechado que la maestra era muy despistada, gateo por el pasillo lateral y se puso delante de la buena mujer mientras hacía el payaso provocando la risa de sus todas sus compañeras. En cierta ocasión, en la clase de teatro María se enfadó y se despidió de la monja que dirigía la obra que estaban ensayando poniéndole la enorme pamela que lucía la protagonista sobre la eterna cofia que siempre llevaba la religiosa. Estas anécdotas y un sinfín de ellas más traían a la madre por la calle de la amargura, pero sin embargo había alguien de su entorno que las celebraba con grandes carcajadas. Esa persona a la que la niña le tenía un gran cariño era su anciano profesor particular; un hombre que en su vida también había sido muy rebelde y que ahora, en los últimos años de su devenir, disfrutaba de la anarquía de María, ya que para él era una forma de seguir estando vivo. Pero el incidente que colmó la paciencia de su madre y la del colegio en el que estaba interna fue la relación que comenzó con sólo quince años con uno de sus profesores. María se había enamorado por primera vez de su maestro de literatura y éste correspondió su amor con la misma pasión o incluso mayor que la que tenía ella por él. En un principio fue un amor clandestino, el cual nadie lo conocía, pero María tuvo la

ligereza de contárselo a sus amigas más íntimas y una de ellas, la cual era muy indiscreta, fue la encargada de esparcir la noticia por todo el centro. El rumor llegó a oídos de la directora del colegio y llamó a consulta a los dos implicados en la noticia. El resultado de esa entrevista fue la expulsión inmediata de los dos del centro. Esto provocó en María lejos de un castigo, un escape. Su madre ya no creía que su hija se adaptase a un nuevo colegio interno y, como ya prácticamente iba a empezar la universidad, decidió dejar el cuidado de la joven a una tía de ésta, hermana del padre, que se distinguía por su personalidad excéntrica y bohemia, propia de los que se dedican al arte, que era lo que hacía pues ejercía de pintora siendo su nombre reconocido en los ambientes artísticos. A su madre dejarla con esta tía suya no le hacía ni una gota de gracia, pero era la única solución que tenía a su alcance. Antes de embarcarse en esta aventura, la madre de María fue a la capital a leerle la cartilla a su hija y a su cuñada, esperando que ambas se comportasen durante la convivencia de forma responsable. Las dos asintieron, sin poner ninguna objeción, al sermón de su madre, pero fue marchar ésta y comenzar a hacer ambas lo que les daba la gana. Durante su estancia en la universidad, María se unió al grupo de estudiantes más rebelde. Este se distinguía por organizar fiestas salvajes donde los estudiantes probaban de todo y usaban de lo

que ellos llamaban el amor libre. María llegaba a casa de su tía a horas intempestivas y su tía no le decía nada porque entre otras cosas ella volvía a casa incluso más tarde que su sobrina. En esta introducción al amor libre, María descubrió las relaciones esporádicas, sin ningún tipo de compromiso, que le hacían disfrutar del sexo sin sufrir mal de amores. Por otra parte, su rendimiento académico, entre tanta fiesta, se podría pensar que era mediocre, pero nada más lejos de la realidad, pues había nacido con una cabeza privilegiada y con sólo un poco de esfuerzo los resultados eran optimos. Estaba pensando en todas estos recuerdos cuando se dirigió a la ventana de su habitación y pudo contemplar un inmenso y maravilloso cielo azul, azul como el manto de la Virgen pensó ella. Sobre el manto de esa Virgen caían ahora los ojos de la religiosa, que se posaban en ellos de forma distraída. Hacía tiempo que no pasaba por la capilla en su camino rumbo al siquiatra. Hoy había tenido con éste una conversación esclarecedora de cuál era su estado actual. El siquiatra le dijo que la medicación que estaba tomando no le suprimía la libido como hacían las anteriores y a ella se le vino el mundo encima. En su ingenuidad siempre había creído las palabras de su confesor cuando era adolescente, diciéndole que Dios, ante el deseo sexual, la tenía entre algodones. Ahora se daba cuenta que su virtud no era gracias a un don supremo sino producto

de la pura química y ello le restaba a su situación todo el valor de su alma. La monja marchó de la presencia de la Virgen apesadumbrada y se dirigió sin más dilación al convento. Allí pasaban los días y a menudo cuando estos se iban al candelario de la muerte, la religiosa sentía cada vez de forma más intensa una revolución de los sentidos, que hallaban su punto más álgido cuando tenía la oportunidad de contemplar el dorso desnudo del jardinero mientras éste hacía los diversos trabajos de la huerta. Entonces la religiosa, ya en su celda, leía y releía el poemario de Bukowski y su imaginación encarnaba a los personajes de los poemas con la identidad del jardinero y con la de ella misma. De esta forma fue creciendo una fuerte inclinación sexual en ella cuyo objeto de deseo era el joven y bello jardinero. Y la Providencia, que a veces te regala enormes beneficios, también a veces nos prueba duramente, pues determinó poner a la religiosa ante una gran tentación. Sucedió que la monja encargada de los aperos del jardín se puso enferma por largo tiempo y entonces la abadesa del convento decidió que nuestra religiosa se encargaría de darle los utensilios de labranza al jardinero. El primer día en el que la religiosa tuvo que ocuparse del jardinero; la abadesa le informó que el joven era mudo, pero que oía perfectamente y que la entendería bien, la mujer se sorprendió de esta carencia, ya que ella nunca

supuso esto del joven, pero este defecto, lejos de alejar su interés por él, lo aumentó todavía si cabe aún más. La mujer bajo al jardín y se cruzó por primera vez con el rostro del jardinero y ya desde el primer momento éste le lanzó unas miradas lascivas difíciles de sostener. Ese mismo día la religiosa le dio, no sin cierto nerviosismo, los utensilios de labranza que estaban metidos en una pequeña caseta de madera, que se hallaba en uno de los márgenes del jardín. Por otra parte, en el convento había muerto por esas fechas la maestra de novicias y la superiora tenía que nombrar a otra persona para el cargo. El nombre de la religiosa sonaba con fuerza para tal nombramiento, pero había otra monja, joven y ambiciosa, que soñaba con ese cargo. En los dos meses previos a la elección, la joven monja vigilaba con recelo todos los movimientos de la religiosa con el fin de pillarla en un renunció e inhabilitarla para tal ejercicio. Era un día de Agosto, cuando el Sol está más cerca de la tierra y el calor aprieta tanto, en el que la religiosa entró en la cabaña de madera y se dio la vuelta para sostener por primera vez la mirada lasciva del jardinero, empujada por la curiosidad de contemplar el mal, como lo hizo Sara al volver su mirada hacia la ciudad pecadora. Entonces ésta se convirtió también en estatua de sal, dejando atrás su pureza de tal forma que sintió cómo el jardinero la colocaba violentamente a horcajadas

aplastándole la espalda contra la pared mientras poco después caía un hilo de sangre al suelo y el hombre le tapaba la boca para ahogar un grito de dolor. A partir de ese momento tenían encuentros de esa naturaleza siempre al ir a buscar los aperos. A la joven y ambiciosa religiosa le extrañaba que últimamente tardasen tanto en coger de la cabaña los utensilios de labranza y, movida por una curiosidad malvada, cierto día en la que estaban juntos el jardinero y la monja en la cabaña, la joven se acercó con cuidado a la choza y la abrió sigilosamente encontrándose a los dos devorándose como animales. La religiosa dirigió una mirada, mezcla de horror y sorpresa, a la joven, que cerró la puerta con gran fuerza y asombro. Desde aquel momento la joven no veía la oportunidad de quedarse un momento a solas con la monja para hablar de lo sucedido. En uno de los tiempos que tenían de recreo, al atardecer, la joven religiosa esperó a la monja en la puerta del amplio salón antes de entrar. En un aparte la joven le dijo que no diría nada de lo que había visto a la superiora si renunciaba al cargo de maestra de novicias que esta última le iba casi seguro a otorgar. Y así fue, la religiosa rechazó no sólo la posibilidad de ser maestra de novicias sino que fue más allá y rompió con los votos de obediencia al desobedecer a la superiora ya que el ser maestra de novicias no era una posibilidad sino un mandato por parte de la

abadesa del convento. La religiosa además manifestó su deseo no sólo de no ser maestra de novicias sino de dejar el convento, pues lo había estado ya largamente meditando y el deseo sexual, que hacía meses dominaba todos sus sentidos, lejos de aplacarse con el tiempo, se había incrementado de una forma exponencial por lo que le resultaba difícil cumplir con los votos que le exigía la vida en el convento en tales condiciones. Por su parte, María ya había regresado a la capital tras dejar la casa de su madre situada en la ciudad de provincias. Desde el inicio de su convalecencia hecha en esa casa, había experimentado un creciente fervor hacia la figura de la Virgen y su manto azul era un recuerdo que le venía constantemente a su mente, por lo que no dudo en ir a visitar esa imagen tan anhela nada más llegar a la gran ciudad. Atrás quedaba ya, milagrosamente, ese rechazo a Nuestra Señora, rechazo que había sido sustituido por una fe creciente. Era un día de sol radiante cuando María se encontró de nuevo con Nuestra Señora. Tímidamente se acercó a las rejas por donde se le rezaba a la Virgen y la observó con una mezcla de júbilo y a la vez de sufrimiento. De nuevo estás aquí, le dijo la Virgen con un tono de voz alegre. Sí, Señora. He venido de nuevo llevada por un sentimiento mezcla de esperanza y de culpa. La culpa pertenece a tu vida pasada, la esperanza se vislumbra en tu futuro ¿Qué quiere

tu hijo de mí? Pregunto María un tanto turbada. Pues quiere ni más ni menos que te entregues totalmente a Él por el resto de tus días. Al oír esto se me viene a la cabeza la imagen de la religiosa que me hizo de forma involuntaria descubrir esta capilla ¿Desea que sea como ella? No, de hecho la religiosa abandonará el convento de clausura el mismo día que entres tú en él. Entonces ¿qué le ha sucedido para tomar tal determinación? La religiosa con la que tú coincidías en el metro jamás ha sabido lo que es el amor, la misericordia. Sabe mucho de sacrificios pero no de misericordia y, como su casa la ha construido sobre cimientos de arena, ahora el viento huracanado del deseo que ha hecho mella en ella la ha tambado hasta arrasarla por completo. Si hubiese experimentado el amor de mi hijo, podría tener sus luchas contra el deseo de forma que las acabara ganando, aunque sufriese mucho en ellas. Pero yo también soy indigna de tu Hijo. No, porque tú tienes un corazón enorme, tan enorme que no has permitido en años que te lo destrozan. Pero ahora ha llegado tu hora, la hora de tu corazón para amar, como nunca ha amado, a mi Hijo y no tener miedo a no ser correspondido, pues mi Hijo es enormemente dadivoso con los que lo aman. El próximo domingo acércate al convento que hay en la falda del monte, al pie de la ciudad, y allí encontrarás a mi Hijo, que te está esperando. María, al oír este mandato, aceptó su

destino y espero ansiosa a que llegase el día del Señor. La noche de domingo la religiosa encargada del torno del convento tuvo un sueño premonitorio y así ella lo entendió. Soñó que una mujer todavía joven, con un velo blanco de novia, lloraba lágrimas de sangre mientras le pedía encarecidamente que le dejase ir a la capilla a visitar al que iba a ser su esposo. Fue entonces cuando, a primera hora de la mañana del domingo, María se dirigió al convento desde su cétrica casa hasta la falda del monte que custodiaba la ciudad. Picó al timbre y la monja encargada del torno, aquella que había tenido el sueño profético, la atendió, sin más dilaciones, y le pidió que se acercara a una puerta que había en el lateral de la edificación para introducirse en ella. Y al entrar, como le anunció la Virgen, se encontró con la religiosa por la que de una forma casual había vuelto al regazo de Dios. Ésta, que estaba parada a unos pocos metros de la puerta, lanzó una mirada a María llena de resentimiento, cogió su maleta, y con paso lento salió del convento. María no pudo evitar, al cruzarse con ella, echarle una mirada llena de misericordia. Una vez dentro de la casa, la encargada del torno la dejó sola y María, llevada por una fuerza sobrenatural, llegó a la capilla y vio a un lado la figura de un Cristo resucitado. Se acercó a ella y con gran devoción se echó a los pies del Cristo, que debía mediar un metro noventa y que, como

el David de Miguel Ángel, mostraba una presencia de una belleza sobrenatural. María comenzó a llorar a raudales lágrimas que emanaban un perfume divino y oyó a Cristo decir su nombre : María y al decirlo Éste la bautizó de nuevo a lo que ella respondió con una voz que le brotaba de un corazón compungido: mi Señor.